

# Las Facturas del Paraíso

RAÚL SERRANO

RAMIRO  
ARIAS BARRIGA

CHAO  
PALOMINO

eskeletra  editorial



*¿Dónde dejaré mi última  
descripción del cuerpo  
que en mí habita?  
Todo ha terminado.  
¿Dónde está lo que ha  
terminado?  
¿Dónde vaciaré el país  
que en mí habita?*

Mahmud Darwish, *El  
último tren se ha parado.*

**C**on *Chao Palomino*<sup>1</sup> (2023), su tercera novela, Ramiro Arias (Quito, 1954) ha logrado plasmar una historia que lo acosaba y le quitaba el sueño desde hace algunos años. De esto somos testigos sus amigos los eskeletros, a quienes, en varias noches de diálogo y delirios en la mítica sala de su mítica oficina de la calle de nombre imperial, Reina Victoria, entre uno y otro vino se animó a contarnos su encuentro (ocurrió por esos tiempos, era hacia finales de los 80 o inicios de los 90) con su amigo Palomino, protagonista de estas “memorias”, según las define el autor. Nunca olvidaré esa noche en la que nos fue narrando las peripecias de ese Palomino, que obviamente en la vida real tiene otros nombres y apellidos, que a todos nos fue hechizando, deslumbrando (nadie quería perderse ningún detalle) con cada pasaje de la vida, milagros y delirios, además de traumas, de ese sujeto que sin duda –fue el criterio unánime de todos los escuchas y cofrades– pedía a gritos ser convertido en un personaje de novela.

Quizás fue en ese momento en el que Ramiro tuvo que asumir ese mandato, no de los amigos, sino de ese personaje que los dioses y las diosas de la ficción le habían puesto en el camino. Desde entonces Palomino, con su voz,

---

<sup>1</sup> Quito, Editorial Eskeletra, 2023, 172 p.

su idiosincrasia, sus alucinaciones, su condición de sujeto migrante y la de ser “combatiente” que fue a guerrear en Vietnam contra quienes, como dijo el lúcido Mohamed Alí, “no son mis enemigos”, se convirtió en su versión personal del “perseguidor” cortazariano, y nosotros, sus amigos, los otros perseguidores; porque no le dábamos tregua preguntándole –torturándolo– cada vez que era posible, qué pasó con la novela de Palomino, cuándo la terminas, cuándo leemos esa primera versión, cuando, cuando... Y Ramiro, un poco imitando a Rulfo cada vez que le preguntaban por su novela prometida, *La Cordillera*, respondía, “sucede que es tan larga que no hay manera de terminarla”.

Hasta que un día, cuando ya se habían desecho muchos calendarios bajo los puentes y de ese Palomino mítico algunos, porque cundió la diáspora en el grupo Eskeletra, solo teníamos un leve recuerdo de aquella noche en la que Ramiro nos presentó a su personaje, nos sorprendió con la noticia de que ya tenía una versión de la historia de este fantasma cuya vida tan rocambolesca y alucinante a todos nos había impactado, como sé que a Uds., lectores y lectoras, los va a desarmar al entrar en estas páginas intensas e intrigantes. Para entonces –como anoté– los años habían jugado su partida, y Ramiro publicó *Todo el sabor tropical* (2008) y *El gesto del payaso* (2012). Novelas que, a la vez, fueron su gran pretexto para excusarse ante los amigos a los que, en esa noche de un verano quiteño, nos clavó en el hueso húmero el nombre y los encuentros y desencuentros de su enigmático Palomino. Tan largamente esperado que incluso hubo un momento que, como hacíamos con mis camaradas del barrio en mi pueblo, Arenillas, cuando se demoraba tanto la llegada de la próxima entrega de las aventuras del mágico Kaliman, que nos juntábamos en el parque para inventar lo que podría ser ese siguiente capítulo del héroe esotérico al que el no menos esotérico peluquero del barrio (dueño del alquiler de revistas) no quería, solo por dárselas de importante, ir a traer a Guayaquil. Sí, de alguna forma, sin habernos dicho nada, creo que en el fondo cada uno de los oyentes eskeletros de esa primera versión de Palomino, fuimos forjando uno. Y pasó que, en la secta (fue como un acuerdo no firmado), nunca nadie comentó ni dio pistas de esa versión de su Palomino personal. Quizás ese silencio se dio porque sabíamos que era la manera, como mis amigos de Arenillas, de esperar que en el próximo capítulo de Kaliman suceda lo que habíamos supuesto que debería ocurrir.

Debo confesar que después del anuncio de Ramiro de que ya tenía la primera versión de las memorias de Palomino, he leído tres (esta es la cuarta) que el autor me confió y que significó varias jornadas de diálogo y reflexión en un café de la González Suárez de Quito. Esta versión, ya convertida en li-

bro y que, por cierto, trae una portada tan desconcertante a las que nos tiene acostumbrados ese otro esqueleto llamado Alfredo Ruales, es la evidencia y confirmación de lo que significa e implica para un escritor darle forma a una historia cuyos personajes están al borde de enloquecerlo. Creo que Ramiro ha estado a punto de caer en esa condición, o de pronto lo ha hecho y no nos hemos dado cuenta. Palomino se convirtió, en estos últimos años, en la razón de ser de su existencia.

Esta versión de *Chao Palomino* es el resultado de esos largos años de convivencia, por cierto, nada feliz, con ese personaje y su drama, que sin duda es el de esas criaturas (migrantes) que desde la periferia sortean todas las pruebas, humillaciones y terrores, como está sucediendo actualmente en el Ecuador neoliberal como en Centroamérica, con tal de alcanzar ese supuesto Edén en el que todos los sueños serán posibles. Palomino nos cuenta y demuestra el costo, las facturas que hay que pagar para tener derecho a piso en el país del Norte que, en medio de los cuestionamientos al gobierno desde la contracultura por su participación, en la década del 60 del siglo pasado, en la guerra de Vietnam, los aparatos de seguridad se dedicaron a reclutar a través de chantajes y extorsiones a “patriotas” (eufemismo de mercenarios) que estén dispuestos a sacrificarse por la gran nación en esa guerra tan infame y brutal. Cuenta Palomino que mientras laboraba pilotando avionetas Cessna que se vendían a los millonarios de California, llegaron un par de agentes del FBI quienes lo acusaron de haber invadido la restrictiva Área-51 (territorio secreto y gueto donde están las evidencias ovnis), recordemos que el hombre es un migrante latinoamericano, le preguntaron su nombre y a bocajarro le soltaron: “Somos del FBI y estás bajo arresto” (p. 121). Uno de los agentes, de aparente origen latino, le termina advirtiéndole que “si no aceptaba” enrolarse en la milicia, “la sanción sería de cinco años de cárcel y diez mil dólares de multa” (p. 122). Al respecto, comenta Palomino:

Quando ingresé al ejército, veinticuatro horas más tarde perdía mi cabellera y había aprendido a cuadrarme frente a mi superior. Me dieron dos bolsas de color verde militar, una llena de equipo de guerra y otra con uniforme e implementos de aseo personal. Lo más humillante y traumático fue que, una vez dentro del cuartel, fuimos tratados como ganado (p. 122-3).

Este es el ingreso de Palomino Lara a los quintos infiernos. Su estadía en el campo de guerra en Vietnam será tan violenta, denigrante y atroz como la que enfrentó el coronel Walter E. Kurtz en esa obra maestra de Francis Ford Coppola que es *Apocalipsis Now* (1979), adaptación de la novela breve,

también una pieza magistral, de Joseph Conrad, *El corazón de las tinieblas*. Esta “temporada en el infierno”, sin duda que marcará un antes y un después en la existencia de este migrante. Nada será lo mismo. Todo empezará a ser parte de un trauma, esto es, una vida cercenada que lo convertirá en un mutante, en un fantasma. Quizás, su encuentro, antes de ir a Vietnam, con esos personajes extraterrestres que habitan la misteriosa Área-51 en Estados Unidos, es parte de una especie o metamorfosis kafkiana. El Palomino que regresa de esa experiencia infame y desquiciante de la guerra, se ha convertido en ese escarabajo monstruoso, que tiene mucho de un réprobo. Un sujeto extra-fuera de este mundo; fuera de la realidad de la que ya no quiere ser parte, pero en la que está condenado, incluso desde su fe cristiana, a habitar; porque la única forma de seguir con vida y en la vida (incluso en la de los otros) es saberse un sujeto amputado, incompleto, en el que esa maquinaria del poder imperial de la que ha sido víctima lo ha convertido. Su amistad con Alán será como un reencuentro con esos “invasores”, esos otros que vienen de otros mundos, quizás uno menos estúpido como el mundo que el engranaje del capitalismo ha convertido al que para Palomino era su Arcadia pérdida.

Entrar a estas páginas alucinantes de *Chao Palomino* de Ramiro Arias, es ingresar a esos pasajes y vericuetos de la historia reciente en la que iremos verificando que los métodos y estrategias que el poder hegemónico emplea para conseguir sus protervos objetivos, solo se han reactualizado. Métodos que les permiten convertir a los réprobos del paraíso en su fuerza de choque, ya sea por las buenas o por las malas. Las estratagemas que Palomino inventa para recuperar su vida pasada, desecha, tienen que ver con la búsqueda de una absolución que se esfuerza por encontrarla en una fe a la que se aferra porque como los extraterrestres con los que su amigo Peter siempre está mediando, algún día lo liberará de esa pesadilla que para él como para Ahmed (el propietario del nostálgico bar Búfalos) o su compañera Clara María, siempre será una promesa que como para todo condenado, algún día, en algún momento, vendrá. Seguro, Palomino, el de carne y hueso, el que le transfirió su versión de los hechos, de su pasado a Ramiro muchos años atrás, es lo que estaba buscando. Ahora, el Palomino de la ficción, es quien está aguardando que Uds., lectores y lectoras, luego de explorar esta historia tan intensa, desconcertante y conmovedora (contada con un sostenido pulso narrativo) son quienes tienen la posibilidad de otorgarle o no esa absolución definitiva.

Quito, 19 de octubre, 2023

